

**GUILLERMO  
SÁEZ**

**FES  
TI  
VAL**

**IV PREMIO LOGROÑO DE NARRATIVA  
PARA JÓVENES ESCRITORES**



Un jurado presidido por Luis Alberto de Cuenca y compuesto por Ángel Basanta, Emilio Calderón, Milagros Frías y Jimina Sabadú designó a la novela *Festival*, de Guillermo Sáez, ganadora del IV Premio Logroño de Narrativa para Jóvenes Escritores, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



© Guillermo Sáez Martínez, 2019  
© Algaida Editores, 2019  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9189-087-4  
Depósito legal: SE. 409-2019  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

MIÉRCOLES.....	11
JUEVES .....	67
VIERNES .....	127
SÁBADO.....	183
NÚMERO DE JULIO DE LA REVISTA <i>WRECKING BALL MUSIC</i> .	255



*Dedicada a los tripulantes de la nave  
Velázquez, Escobar, Rivera y Coria.  
Y sobre todo a la dorada que nunca vio el mar*

#### NOTA DEL AUTOR:

Este libro es una obra de ficción. Tanto los hechos como los personajes que aparecen en él son enteramente imaginarios. Cualquier relación con personas y acontecimientos reales es fruto del azar.

MIÉRCOLES





**L**ONDRES-STANSTED PALPITA CON LA INTENSIDAD engañosa de los lugares impostados. La desfachatez de ponerle el nombre de la capital a un aeropuerto situado a más de 65 kilómetros solo se explica por la voracidad de las aerolíneas baratas, esas compañías que han tomado el control del transporte europeo recortando precios y derechos a pasos paralelos. Chuchi se baja del autobús que le había llevado desde Oxford Street, en el corazón financiero de la City, y se ve arrollado por la marabunta de pasajeros que quieren recoger su maleta de las entrañas del aparato. Le pisan, le gritan a la cara, empujan su maleta hasta el fondo del compartimento. Pero él no es ningún turista, lleva varios años viviendo en Inglaterra y su temperamento castellano ya está forrado con esa paciencia británica que le salva de mandar a todos a tomar viento fresco. Además, está casi convencido de que va a tener que hacer tiempo para esperar a Patrick... El sur del Reino Unido está regado por un agradable sol pri-

maveral y qué coño, piensa Chuchi, que me voy de festival, no es cuestión de amargarse por cualquier tontería. Este pucelano experto en publicidad y *marketing* es la personificación del optimismo, de la jarana colándose por cualquier grieta de la gris realidad, a veces suya es la única sonrisa en esas rutinarias mañanas de corbatas, maletines y iPhone chispeantes en el metro de Londres. Es un tipo alto, casi metro noventa, y debe realizar un complicado escorzo para introducirse en el maletero y recoger su equipaje del fondo. Después de pegarse el golpecito de rigor con la puerta en el cogote, se yergue feliz y camina hacia la terminal tarareando *Take it or Leave it* de los Strokes.

SERGIO TECLEA SU IPHONE FRENÉTICAMENTE JUNTO AL JARDÍN tropical de Atocha. Aún no ha llegado junio y Madrid ya es una enorme sartén donde todo el mundo se cuece en su propio sudor. La humedad que necesitan las siete mil plantas del jardín se convierte en un pequeño oasis para los transeúntes. Pegado a una enorme palmera, Sergio wasapea simultáneamente con cinco o seis chicas que también van al Primavera Sound. Se estremecen los ángeles con la pericia de este hombre que no yerra una sola respuesta, que surfea entre chat y chat sin solución de continuidad, repartiendo fichas entre sus interlocutoras como quien lanza arroz en una boda. Aún le queda rabillo del ojo para ver a Terri, que se acerca con puntualidad británica a su cita, caminando con las piernas arqueadas y unas zapatillas tan blancas como la luz al final del túnel.

—No revoluciones mucho al harén que aún estamos a miércoles.

Sergio sonríe sin levantar la mirada de la pantalla, hace caso a su amigo y da descanso al móvil, pero solo porque valora más la batería que su propia sangre.

—Ven a mis brazos, bribón.

Ambos están más cerca de la cuarentena de lo que indican sus indumentarias, sus rostros, incluso sus gestos. Se conocieron de verdad hace unos cuantos años a través de un amigo común. Ya se habían cruzado muchas veces antes por Valladolid, con ese ambiguo conocimiento de las ciudades de provincias, en las que el saludo verbal es la última barrera de una labor muy trillada antes, sobre todo si compartes bares y gustos musicales. Terri tiene entradas, pero su elegancia logra compensar esa futura calvicie; es de esas pocas personas que sabe rentabilizar cualquier situación adversa. Lleva unos vaqueros negros y estrechos con dobladillo largo, una sudadera gris marengo con bailarina hawaiana en el centro y unas gafas redonditas de carey a lo Valle-Inclán. A su lado, Sergio es la apoteosis capilar con el pelo y la barba largos, de una negrura sideral. Solo un extraño mechón de pelo canoso cerca de la nuca le acerca un poco a la edad real que delata su DNI. Vans rojas, Levi's recortados, camiseta blanca de algodón. Hace unas semanas que no se ven y son buenos amigos, pero no se exceden en el abrazo. Terri se mira el peluco con disimulo.

—Tranqui, que vamos bien de tiempo —le tranquiliza Sergio.

Caminan hacia el control de seguridad del AVE. Aunque el primer día de festival es el más flojo y la gente

no viaja en tropel hacia Barcelona hasta el jueves, por las arterias de Atocha ya se ven viajeros inequívocamente destinados al Primavera. Chicas con *shorts* que dejan media posadera al descubierto, alguna barba que sueña con ser jardín botánico, seres humanos de una misma colmena que se reconocen con gestos silenciosos. Caldo de cultivo que macerará en decibelios, alcohol y drogas. Allí, a 500 kilómetros de distancia, donde otra infraestructura bochornosamente absurda de la geografía española, el Parc del Fòrum, aguarda paciente su momento anual de gloria. Para Sergio el Primavera empezó hace varios días, el tiempo que lleva mirando la pantalla de su móvil, igual que Napoleón analizaba los campos de batalla por toda Europa. El primer escarceo podría producirse aquí mismo, con algún encuentro inesperado sin salir de Madrid, y Terri percibe la expectación en los ojos felinos de su amigo, que barren el vestíbulo con sabia cadencia.

—Coño, ¿esa de ahí no es Matilde? —pregunta Terri señalando la espalda de su amigo, que tiene la guardia demasiado baja para no pillar la broma. Se vuelve ansioso y, pasada la decepción inicial, ve a Moisés acercándose. El veterano del grupo, el extraño mesías que predica por libre extraños proverbios sobre Japón e Israel, el tipo con la camiseta de Mickey Mouse. El ratoncito de Walt Disney sonrío y también sonrío Moisés, que es un tipo aficionado a las desproporciones y lleva una maleta enorme para pasar cinco días. Incluso para una mujer que se autoimpone cinco *looks* diferentes durante el Primavera. Otra pasarela de vanidades que no difiere mucho de esa peluquería de señoras en la que se debate sobre la aristo-

cracia más repugnante. Ni mejor ni peor, un escaparate diferente.

—¡Qué pasa, hijos! —grita Moisés imitando el gesto de Mickey Mouse, que también ofrece un abrazo, solo como se siente en su blanco lienzo, cien por cien algodón. Fabrican un abrazo a tres bandas en el que fluyen silentes las primeras promesas. Hay que darlo todo, hay que generar anécdotas, las pequeñas alegrías de nuestra vejez dependerán de rayar a la altura en fines de semana como este. Moisés es el mayor del grupo, el único que ya ha cumplido los cuarenta, pero al que menos parecen importar ese tipo de monsergas. Claro que la suya es una mente indescifrable hasta para sus amigos, abstracta como un bloque de plastilina mezclado durante todo un curso escolar por una clase de parvulitos. Pitillos rojo teja y zapatos con borlas completan el atuendo.

—De dónde vienes, Willy Fog.

—Pues nada, que tenía una reunión con unas personas a primera hora y sabía que iba justo de tiempo, pero bueno, aquí estoy —contesta Moisés.

—¿Unas personas, eh? Venga, vamos a embarcar o cómo se diga. Vamos a *entrenar* —dice Sergio riéndose de su propia tontería, acogida con sonrisas condescendientes por Terri y Moisés, que está en Babia, repasando dentro de su cabeza los acordes de *Seagull* de Ride.

EN LA PUERTA NÚMERO 9 DEL AEROPUERTO DE LONDRES-Stansted, una azafata coge el micrófono y anuncia el inicio del embarque hacia Barcelona-El Prat. Es una chica

esbelta y resultona, lástima que el uniforme de Ryanair, quizá inspirado en el chándal que Mágico González vestía durante sus días de vino y rosas en el Cádiz CF, aniquile la dignidad de cualquier persona obligada a ponérselo. Los ansias que llevan media hora haciendo cola de pie para poder elegir en qué asiento se destrozarán las articulaciones suspiran aliviados. También está de pie Chuchi, pero su ansiedad sí está justificada. Camina acelerado alrededor de la puerta 9 cagándose en Patrick y en su móvil *apagado o fuera de cobertura*. Aún queda un rato largo para que cierre el embarque y la educación marista regurgita sus miasmas sobre el cerebro de Chuchi. Aquí viene el dilema, absurdo para la mayoría de la población: si Patrick llega tarde, ¿qué hacer? ¿Dejarle en tierra o esperar al siguiente vuelo y comprar un billete a medias? ¿Qué haría el hermano Honorino? Chuchi sabe que su amigo australiano no es tonto, pero sí que vive aturdido por un despiste continuo que convierte en imprevisible cada uno de sus movimientos. Está eso y también lo que le pirra ponerse ciego a deshoras, claro, difícil saber si fue primero el huevo o la gallina. Un viaje en solitario desde el centro de Londres al de Barcelona puede ser un mero trámite o una escena de *Resacón en Las Vegas*. Entre estos dos extremos, un amplio abanico de posibilidades en función de lo que haya dormido y/o consumido Patrick en las últimas 24 horas. Chuchi no para de revolver su media melena de inspiración mod, imaginando el nombre del turbio garito en el que su amigo perdería el norte la noche anterior. *Drunk crocodile* o *The endless pint* son nombres que encajarían a la perfección. Estas cavilaciones a duras

penas alivian la tensión que empieza a agobiarle. Cuando la cola ya ha desaparecido, la azafata del Cádiz CF vuelve a abrir el micrófono y anuncia la última llamada para el vuelo de Londres-Stansted a Barcelona-El Prat, salida prevista sin retraso para las 11 horas. Justo cuando la piedad católica ya se ha limpiado los pies en la alfombra y está a punto de tocar la puerta de la culpabilidad, *toc toc, qué hay de lo mío*, Chuchi escucha un grito casi desde la otra punta de la terminal.

—*¡Brother*, nosotros vamos al festival!

Patrick camina despreocupado y sonriente, igual que haría si la luna estuviera a punto de colisionar con la Tierra. Su único equipaje es una mochila con forma de tiburón y una bolsa blanca del *duty free* en la que se transparentan claramente las palabras mágicas: Jack Daniel's. Le queda poco pelo, pero de un pelirrojo tan brillante que hace olvidar lo perdido. Pequeños ojos de pillo, barba copiosa y, sin ser especialmente corpulento, barriguita de momentos felices. Zapatillas Converse rojas, holgada bermuda verde militar, camiseta negra con calavera diamantada. Según se acerca, Chuchi oscila entre el abrazo y la hostia, pero la santa piedad católica, apostólica y pucelana vuelve a imponerse.

—Patrick, date vida que están a punto de cerrar el embarque —implora Chuchi.

La azafata observa con indiferencia el rápido abrazo entre Chuchi y Patrick y extiende el brazo izquierdo en dirección a la puerta de embarque. Quizá preferiría cogernos del pescuezo y arrojarlos dentro para acabar cuanto antes ese trabajo que detesta, pero los uniformes se

diseñaron para esconder emociones. Mientras caminan por el *finger* en dirección a la puerta delantera del avión, Patrick pone su cara de duendecillo travieso, saca el bourbon de la bolsa y la agita ante los ojos de Chuchi.

—No te enfades, *brother*. Ahora unos taponcitos en el avión para empezar bien el festival, ¿eh? —dice con su mejor español, mientras guiña un ojo y hace el gesto de empinar el codo.

NADA MÁS PONER UN PIE EN EL ANDÉN DE LA ESTACIÓN DE Barcelona-Sants, Moisés abre sus brazos al cielo y vuelve a repetir su promesa de que esta vez visitará la judería del barrio Gótico. Lo ha dejado caer varias veces durante las tres horas de viaje en el AVE, alternando sus advertencias con la lectura en diagonal de un libro de Miguel Delibes, pero ni Sergio ni Terri le han tomado demasiado en serio. Tampoco este año.

—*How are things on the east coast?* —canta Sergio jugando con la letra de *Heinrich Maneuver*.

Terri los mira a ambos e interpreta las bromas repetidas como un buen síntoma para el resto del festival. Hay buen humor en el grupo y nada que hacer los próximos días salvo desbarrar, pero su mente de hormiguita trabajadora no le autoriza a comportamientos similares, siempre hay algo que hacer, algo que preparar. Unas maletas que bajar del tren, sin ir más lejos. Luego coger un taxi, revisar que el apartamento tiene todo bien, hacer la compra, hablar el tema de las llaves porque solo hay dos juegos para los cinco... Formalidad, poca pero que dure.



—Vamos a la parada de taxis, hijos.

Los tres notan la suave bofetada con la que recibe Barcelona, esa humedad que rápidamente infecta la camiseta de sudor. El aire siempre está cargado en las grandes ciudades, pero aquí tiene condimento extra. Salen en la plaza de los Países Catalanes, donde los skaters se rifan una visita al traumatólogo bajo un sol refulgente. Sergio los ve y recuerda la canción de Las Ruinas.

*Cerveza beer, cerveza beer  
aquesta nit voy a salir  
por las carrers del Raval  
la people no me mira mal  
¿Who is esa noia hermosa que viene por Joaquim  
Costa?  
la invito a menjar un shawarma  
em diu: «Fifty euros, vamos a la cama»  
A veure si en el MACBA hay suerte  
oh shit! me ha caído un skater  
me voy para el bar Marsella  
de peu i drink tres estrellas  
En el Big Bang hay party retro  
aquí no ligo em vaig al metro  
aquí viene mi only consuelo  
cerveza beer a solo un euro  
Dona'm dos i say to the paki  
que esta nit I got nothing  
por Sant Pau llego a la Rambla  
los guiris cantan: «Para bailar la Bamba»  
Ven aquí ven a celebrar.*